

La violencia o la ira

Por ENRIQUE GUARNER

Voy a ocuparme en este segundo artículo acerca de los siete pecados capitales de la ira o la violencia, o sea, el mecanismo que nos mueve a la indignación y al enojo. En Psicología se denomina agresión a la hostilidad dirigida hacia un objeto determinado. Este puede pertenecer al mundo externo o al interno y la forma de ataque se manifiesta de una manera abierta o encubierta. Desde el punto de vista de su origen no se sabe si la agresión es innata o se produce como resultado de la frustración.

Por otra parte, la ira es una forma de agresión en la que se utiliza explosivamente la imposición del poder en contra de los demás. En última instancia se podría afirmar que la persona violenta no tiene en cuenta las leyes que rigen la vida y actúa en forma injusta.

Evolución de la conducta combativa

La lucha entre los miembros de una misma especie ha sido observada en algunos artrópodos y vertebrados. La agresión externa no ocurre casi nunca en las mariposas, ni tampoco es detectable en los anfibios. Todos estos seres carecen de dientes o de pinzas y por lo tanto no poseen los instrumentos para poder dañar a sus oponentes.

Si la conducta agresiva fuera innata, uno se preguntará el por qué no sucede universalmente, y la respuesta es que cualquier acto hostil para manifestarse abiertamente debe servir a la sobrevivencia. Es decir, que orientará su función para contribuir a la adaptación del animal.

La lucha social que observamos en diferentes especies sólo ocurre cuando los seres que la llevan a cabo pueden reconocerse el uno al otro. Este hecho puede explicarnos el motivo de que la conducta combativa no acontezca entre los invertebrados inferiores. Estos animales poseen órganos sensoriales tan primitivos que no pueden reconocerse entre ellos y discriminar a los miembros que pertenecen al mismo tipo. Es más, viven con frecuencia en un medio ambiente que hace la visión diferenciada demasiado simple. Por lo tanto, de acuerdo con la teoría darwiniana, la conducta combativa es relativamente reciente en la historia de la evolución.

A pesar de lo expuesto, podemos observar la agresión en los invertebrados, puesto que casi todas las especies poseen formas adaptativas de conducta al enfrentarse a las amenazas o al ataque de sus predadores, como son el escape o evitación y la amenaza como defensa para protegerse.

Sin embargo, aún en la naturaleza podemos distinguir las siguientes formas hostiles:

- 1.— La agresión predatoria, que es evocada por la aparición de algún objeto comestible.
- 2.— La agresión entre machos, al entrar en contacto.
- 3.— La agresión irritativa, la cual es muy amplia puesto que envuelve tanto a objetos animados como inanimados. Resulta diferente a los otros tipos de ira, porque a veces surge ante estímulos irrelevantes. En general, es aumentada por la frustración, privación y cualquier sensación de alarma.
- 4.— La agresión derivada de la defensa territorial que aparece cuando otro animal de la misma especie invade la superficie que es considerada propia.
- 5.— La agresión derivada de la maternidad, la cual se produce ante la amenaza de un agente extraño que pudiera destruir a la prole.
- 6.— La agresión de origen sexual, que se manifiesta cuando otro macho o hembra irrumpe en una pareja para copular

La ira desde el punto de vista psicoanalítico

De acuerdo con Sigmund Freud, dos son las fuerzas básicas con las que opera el ser humano: la energía sexual y la agresiva. La primera de ellas nos lleva hacia la búsqueda del placer erótico. La otra fuerza es la opuesta de la anterior y es el impulso destructivo. Si el objeto de esta pulsión es una persona o cosa, el hombre trata de dañarla o aborrecerla. En los casos extremos lo lleva al homicidio y al crimen. Sin embargo, como en otros animales, la agresión puede ser también un impulso defensivo que protege de peligros externos como sería un animal maligno o un rival amenazante.

El impulso agresivo puede ser letal al volcarse contra uno mismo haciendo que nos odiamos y detestemos, como en las depresiones. En situaciones terminales lleva al suicidio.

Los impulsos no aparecen casi nunca en su total pureza, sino que siempre están mezclados. La sexualidad y la agresión se unen de alguna manera, aunque el montante de energía que se utilice del uso sobre el otro varíen. Por ejemplo, en la maternidad el instinto sexual amoroso está manifestado en su máxima proporción; en tanto que al matar, el odio que procede de la fuente agresiva es usado en su mayor escala.



Las proporciones de cualquier impulso cambian de persona a persona. Un hombre puede querer adquirir cultura para dominar a los demás, otro podría acumular un capital con el objeto de beneficiar a los suyos. No obstante, existen aquellos que solamente desean causar daño y acumulan el dinero egoístamente. En general, podemos afirmar que en cualquier impulso existe ambivalencia. Una madre amará en un momento a su hijo y algunas horas después sufrirá un ataque de ira, pegándole con rabia por alguna acción nociva de poca significación.

Por otra parte, la energía sexual y la destructiva pueden unirse y crear situaciones patológicas. A la fuerza que da placer erótico por medio del dolor se le llama sadismo, palabra derivada de la conducta que siguió durante su vida en el siglo XVIII el marqués de Sade. Este hombre famoso realizaba toda suerte de perversiones sexuales con el sufrimiento de sus compañeras. El sadismo tiene su contraparte que da lugar a que ciertos individuos obtengan gratificación al sufrir dolor. Esta forma de unir los instintos se conoce como masoquismo y se deriva de los trabajos novelísticos publicados en el siglo XIX por el Dr. Sacher Masoch, quien describía perversiones eróticas en las que el suplico producía placer.

Resulta absoluto que la violencia existe también como un elemento reactivo. Una sociedad competitiva en la que impera la jerarquía, la injusticia y la frustración, incrementa la ira de los que viven en ella. El hombre es casi el único animal que practica la guerra y la matanza de masas. Recuérdese aquí que el comandante que lanzó la bomba en Hiroshima había bautizado a su B29 como «Enola Gay» en memoria de su madre y que el general Leslie Groves, del proyecto Bomba Atómica, mandó un telegrama a Truman después de la explosión comunicándole: «El bebé ha nacido». Es decir, que los individuos más destructivos lo sentían como algo impersonal.

Ciertos sociólogos y economistas creyeron que al extinguir la explotación del hombre por el hombre, la propiedad privada o aún la familia, la ira podría ser controlada y el ser humano alcanzaría la fraternidad universal. Sin embargo, los estudios etnográficos fallan en cuanto a corroborar estas ideas y constantemente demuestran que aún en sociedades en donde ha decrecido la pobreza, la violencia continúa aumentando.

Debo agregar que la agresión sigue las etapas del desarrollo y que durante la fase oral se manifiesta cuando el hijo muerde el pecho. En el periodo edípico la hostilidad se manifiesta en contra del padre que pertenece al mismo sexo. Los remanentes de esta situación son la rebeldía en oposición a las autoridades. Cuando éstas son

masivas surgen las revoluciones y el destronamiento de los jefes. Sin embargo, los que somos pesimistas sabemos que quien lo sustituirá tendrá atributos paternos parecidos al anterior. En la historia la mayoría de las hordas han fracasado en sus propósitos. Aún en las sociedades aparentemente democráticas donde la transmisión del poder de un Presidente a su sucesor ocurre en forma atenuada o cíclica, el deseo de asesinar al jefe aparece reflejado hasta en la pantalla televisiva, como en el reciente caso de Ceausescu.

La agresión humana solamente parece tener una solución alternativa: la sublimación. Este mecanismo consiste en que un impulso no sea gratificado, sino modificado hacia algo no instintivo que en sus características esenciales sea admisible y aumente el progreso de la sociedad. Podría decirse que el impulso violento o la ira pueden desplazarse hacia un objetivo benéfico como la lucha contra una enfermedad.

Gran parte de la obra civilizadora de la Humanidad ha consistido en la represión del instinto agresivo. Séneca expresó que si el ser humano desapareciera un día del planeta y resucitara después, se le tendría que enseñar la bondad porque la maldad la trae adentro. La ira solamente se suprime con una labor de años. De la disminución de la misma; de la desaparición de la injusticia; de la mejoría de los conflictos económicos y de clase, depende el futuro de la Humanidad.